

Históricas Digital

Josefina Flores Estrella

“Dos caminos de lectura para la obra de Miguel del Barco: *Historia natural y crónica de la Antigua California*”

p. 153-166

*De historiografía y otras pasiones
Homenaje a Rosa Camelo*

Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

284 p.

Fotografías, figuras y mapas

ISBN 978-607-02-8094-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenajeRC/camelo.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



DOS CAMINOS DE LECTURA PARA LA OBRA
DE MIGUEL DEL BARCO: *HISTORIA NATURAL Y CRÓNICA
DE LA ANTIGUA CALIFORNIA*

JOSEFINA FLORES ESTRELLA
Facultad de Filosofía y Letras

Hace más de dos décadas asistí, entre otras, a la clase que impartía la maestra Camelo. La sorpresa que generaba entonces la ignorancia casi infantil de los que ocupábamos el salón de clase, crecía más al escuchar la cátedra de una de las personas más eruditas que haya podido conocer. La historiografía, ahora lo entiendo, implica una buena dosis de erudición pero también, y ese es el motivo que guiará estas líneas, se trata de establecer un vínculo empático con el autor de la obra que estudiamos. No hace falta, pero lo menciono, la maestra Rosa Camelo logra comunicar la empatía que siente por cada uno de los autores que ha estudiado. En mi memoria permanece el relato que nos hizo sobre la sorpresa de Bernal al encontrarse los pequeños árboles que habían crecido a partir de las semillas que él mismo había tirado años atrás.

Lo que entonces generó sorpresa en mí, encontró una explicación años después en la obra de Michel de Certeau, cuando define lo que él mismo llama “operación historiográfica” como la estrecha relación entre un historiador y el pasado que está historiando, entre un ser humano y el pasado del cuál decide ocuparse. Entender los pormenores de esta relación nos ayudará a analizar la obra en cuestión como el producto emanado de este particular vínculo.¹

En estas líneas me propongo pues hacer una lectura de la obra de Miguel del Barco, jesuita exiliado en Bolonia, quien escribe una historia de la California y para ello he seguido dos caminos. El primero tiene que ver con una lectura del contenido de la obra desvinculado de las emociones de quien la escribe; es decir una lectura

¹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. ed., trad. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 334 p.

que busca las ideas y los juicios de Miguel del Barco sobre la realidad californiana que está describiendo. El segundo camino trata de encontrar precisamente las emociones del autor. Sugiero que atender a las posibles emociones del jesuita exiliado puede ayudarnos a comprender no sólo los motivos que lo llevaron a escribir su historia, sino también algunos de sus pasajes y en buena medida el estilo tan personal y vívido con el que escribe.

Miguel del Barco nació en España en 1706.² Ingresó a la Compañía de Jesús en 1728 después de haber estudiado en la Universidad de Salamanca;³ a los 22 años llegó al noviciado jesuita de Villagarcía de Campos en la provincia de Castilla. Terminada la formación eclesiástica viajó a América, estuvo en la región central de México tres años y a partir de 1738, hasta el momento de su salida en 1768, permaneció en territorio californiano.⁴

En California vivió en la Misión de San Francisco Javier hasta el momento de la expulsión.⁵ Una de sus tareas, además del cuidado de los indios cochimíes, fue la edificación de la iglesia y misión de San Francisco Javier.⁶ Esta última se había fundado en el “paraje de gran belleza, con abundancia de agua y tierras de calidad” descubierto por el jesuita italiano Francisco María Piccolo.⁷

Según Salvador Bernabeu, el ambiente de animadversión en contra de los jesuitas⁸ es una de las causas de la aparición de diversas obras de la orden dedicadas en específico a las misiones de Cali-

² Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar”, en Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California. [Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas]*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988 (Serie Historiadores y Cronistas de Indias, 3), p. XVIII.

³ *Ibidem*, p. XIX.

⁴ *Idem*.

⁵ *Ibidem*, p. XXI.

⁶ *Ibidem*, p. XXV.

⁷ Salvador Bernabeu Albert, *Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, p. 48. Esta obra describe la situación de las misiones jesuitas californianas en el momento de la expulsión de la Compañía como estudio introductorio a la traducción de la relación escrita por el padre Bennone, cuyo título original es *Relatio Expulsionis Societatis Iesuex Provincia Mexicana, el Maxime e California A. 1767 Cum Aliis Scitu Dignis Notitiis, Scripta A P. Benonne Francisco Ducruce Eiusdem Provinciae Per Viginti Annos Misionario*. Paradójicamente, las descripciones que elaborara el jesuita italiano para conseguir el financiamiento necesario para las misiones, al exagerar las posibilidades de desarrollo material de California, contribuyeron después a alimentar la idea de un supuesto enriquecimiento descomunal de la orden. Idea que encontró eco en los detractores de la orden en los años previos a la expulsión.

⁸ Este ambiente puede medirse en el incremento de la propaganda antijesuita en la segunda mitad del siglo XVIII, al cual contribuyó en forma notable la publicación de las obras del obispo Palafox en 1762, Salvador Bernabeu, *op. cit.*, p. 62.

fornia, que junto con las de Paraguay, se habían convertido en el blanco de los ataques de los enemigos de la Compañía. Así quedó demostrado en el dictamen, que elaboró Pedro Rodríguez de Campomanes, previo a la expulsión de la Compañía. Dicho dictamen pintaba una California exuberante y rica que poco tenía que ver con lo que encontraron un año después de la expulsión, en 1768, José de Gálvez y los franciscanos y dominicos que llegaron para sustituir a los jesuitas en las misiones.⁹

Como se sabe, el decreto que Carlos III firmó en El Pardo, el 27 de febrero de 1767, puso fin a la presencia de la Compañía de Jesús en los dominios españoles. El 25 de junio de aquel año comenzó la movilización de las autoridades novohispanas para, literalmente, sacar a los jesuitas de sus casas, colegios y misiones. La medida se ejecutó con celeridad en los centros urbanos más importantes de la Nueva España, como las ciudades de México y Puebla; pero no ocurrió así en el caso de los lugares más apartados o de las misiones que, como las de la California, distaban varias jornadas de las ciudades y requerían de mayor movilización de tropas así como una logística más complicada por parte de los encargados de ejecutar las órdenes de la corona. Fue el caso de las misiones del norte, incluidas las de Sonora, Sinaloa, Nayarit y California.¹⁰

Los encargados de sacar a los jesuitas de la península californiana empezaron su labor hasta noviembre de 1767, varios meses después de que sus compañeros habían dejado sus casas;¹¹ de manera que los jesuitas de California sólo escucharon el decreto de Carlos III hasta diciembre de ese año. Reunidos en Loreto, emprendieron el camino que los llevaría lejos de sus misiones; algunos, como los alemanes, volvieron a sus lugares de origen, y muchos de los españoles terminaron como el propio Miguel del Barco en algunas ciudades italianas, particularmente en Bolonia y en Ferrara.

Miguel del Barco estaba en Bolonia, demasiado lejos de su misión, exiliado y viejo,¹² cuando escribió sobre aquello que había perdido: la misión de California, una misión que trabajó y vivió por treinta años. El jesuita recuerda y escribe, escribe y recuerda. Luego describe con detalle, a veces con ironía, aquello que sus ojos de anciano ya no ven, pero que su mente observa. Tiene a la mano una

⁹ *Ibidem*, p. 67-68.

¹⁰ *Ibidem*, p. 76.

¹¹ Los detalles de las expediciones organizadas por Gálvez para cumplir con la orden de Carlos III son analizados con detalle y claridad por Bernabeu en *Ibidem*, p. 82-102.

¹² León-Portilla dice que Barco había concluido su obra para el año de 1780, lo cual lo coloca como un hombre en la séptima década de la vida, *op. cit.*, p. XXXI.

Noticia de California, pero se trata de una historia escrita por otros, por compañeros suyos sí, pero que nunca pisaron suelo californiano, cuyos escritos no son memoria, sino encargo, cumplimiento de una orden.¹³

Barco lee la historia así hecha por sus compañeros de orden, al hacerlo también hace memoria, se da cuenta de que las cosas no son, o no eran, como ellos las pintan; le vienen a la mente sus propios recuerdos y también le vienen las ganas de enmendar los dichos de otros. ¿Por qué razón pues escribe Barco? Ciertamente está la necesidad de escribir su propio testimonio para que éste no se pierda, las ganas de escribir historia. Pero ¿por qué hacerlo cuando existía ya una historia de la California y otro compañero de orden, Clavijero, planeaba escribir la suya propia?¹⁴

Hay tantas maneras de leer un libro de historia: como lectores reales o potenciales del mismo. Para leer este libro me planteo dos vías. Ambas pensadas en función de la forma en que la obra está escrita; a saber, como una narración plena de detalles, a veces de minucias, que, sin embargo, sobre todo cuando vienen a la memoria otras crónicas religiosas, no son nada tediosos. Al contrario, se trata de una obra divertida, de un relato ameno, uno de esos libros de historia que pueden interesar también a quienes están fuera del gremio.

En el “Estudio introductorio” a la obra, Miguel León-Portilla plantea la idea de que el detalle en la exposición de Barco se entiende al considerar la formación del jesuita antes de su ingreso a la Compañía, a saber, la de un egresado de la Universidad de Salamanca que se dedicaría a la filosofía y a la jurisprudencia.¹⁵ Esta formación, siguiendo a León-Portilla, estrictamente escolástica, da cuenta de la razón por la cual Barco expone una proposición respecto a un tema cualquiera y, en seguida, hace lo propio con los argumentos a favor y en contra de dicha propuesta. Sólo hasta haber completado la exposición de argumentos, Barco toma posición y enuncia su propio juicio.¹⁶ Sin embargo, nos topamos con un problema precisamente cuando Barco toma partido. Se trata de la apelación a la experiencia como último argumento. De esta forma, y de ello se

¹³ La obra de Barco, como lo explica León-Portilla en su “Estudio preliminar” no fue concebida como una obra independiente, sino que es el conjunto de correcciones y adiciones hechas a una crónica ya existente: la elaborada en principio por el padre Venegas y corregida después por Burriel, *Ibidem*, p. XI-XIII, XV.

¹⁴ *Ibidem*, p. VIII.

¹⁵ *Ibidem*, p. XVIII-XIX.

¹⁶ *Ibidem*, p. XIX.

percata León-Portilla, el jesuita se coloca del lado de los hombres ilustrados. ¿Un escolástico ilustrado? Así pues una de las vías de lectura será la marcada por la discusión de esta idea. Escolástico en el método pero ilustrado en la solución a los problemas que plantea.

La otra, es una vía alternativa. Se trata de explorar la idea de que aquello que animará a Barco a escribir historia va más allá del deseo de dejar testimonio. Creo que la obra puede leerse pensando en los planteamientos de Sigmund Freud, como la construcción de un duelo y relacionar esta idea con la necesidad que tienen los hombres de escribir historia para escapar del mundo de los muertos, de los que son olvidados precisamente porque nadie cuenta su historia.¹⁷

1. Si la historia es ilustrada

Con el fin de decidir si la obra de Barco es o no una historia ilustrada, o en qué medida lo es, se necesita hablar de qué es la Ilustración y de si la obra del jesuita puede o no responder a las características de dicho movimiento.

La Ilustración, dice Ramón Xirau, es la consecuencia de la revolución científica que empezó en el Renacimiento, una revolución caracterizada por el “racionalismo filosófico” y el “deseo de comprensión de las cosas a partir del hombre”.¹⁸ Más adelante, analizando la obra de los enciclopedistas como una de las manifestaciones más completas de la Ilustración, Xirau advierte que la actitud crítica es la característica del pensamiento de los hombres del Siglo de las Luces. Esta actitud, añade, “puede manifestarse como una nueva interpretación de la historia natural o como una crítica de la sociedad y de la religión”.¹⁹ La actitud de permanente crítica llevaría a los enciclopedistas, siguiendo todavía a Xirau, hacia una filosofía

¹⁷ Sigo aquí las ideas de Agnes Heller en torno a la conciencia de la propia historicidad que tienen los seres humanos. Agnes Heller dice que la frase “Érase una vez un hombre”, significa que “hay alguien que narra su historia y que hay alguien que la narrará”. El ejercicio de hacer historia es, de alguna manera, el de revivir a los muertos pues, como señala Heller, “un hombre fue y será mientras haya alguien dispuesto a contar su historia”. Agnes Heller, *Teoría de la historia*, trad. de Javier Honorato, México, Fontamara, 2005, p. 9-10.

¹⁸ Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, 6a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1977 (Textos Universitarios), p. 252.

¹⁹ *Ibidem*, p. 256.

“donde todo el conocimiento depende de la sensación”²⁰ y, en cuestión de religiones, a “conceptos deístas, es decir, a una forma de conocimiento de la divinidad más allá de todas las religiones históricas y a un concepto de Dios que excluye la revelación y la fe en un Dios personal”.²¹ Este “análisis de la experiencia”, dice nuestro autor “llevaría a d’Alembert a una suerte de filosofía positivista que prescinde de toda metafísica y se atiene a los hechos”.²²

Por su parte, al analizar los efectos del movimiento ilustrado en la forma de pensar la historia, Collingwood dice que éste puede caracterizarse como el intento de secularizar todos los aspectos de la vida; un intento que se manifiesta como una “revolución contra el poder de la religión” y contra la religión como tal.²³ Agrega que la Ilustración tiene un doble sentido, uno que mira al pasado y otro hacia el futuro. El primero de ellos ve a la historia como “el resultado de un juego de fuerzas irracionales” y el segundo, se manifiesta en un intento de “realizar una edad de oro donde se establecería el reino de la razón”.²⁴ Finalmente, sigue Collingwood, para los ilustrados lo importante de la historia es “el despertar del espíritu científico moderno”.²⁵

De las características de la Ilustración mencionadas, me interesa resaltar tres: la búsqueda de una nueva interpretación de la naturaleza; que el conocimiento depende de la sensación; y relacionado con lo anterior, el hecho de prescindir de toda metafísica y atenerse a los hechos. Veamos pues si la obra de Barco puede, atendiendo a estas características, entenderse como una historia ilustrada.

De las muchas y ricas descripciones que Barco hace de la naturaleza californiana, se puede tomar una como ejemplo para discutir si la de Barco es o no una descripción ilustrada; me refiero a la disertación acerca del porqué, lejos de las costas en tierra californiana, es posible encontrar una enorme cantidad de conchas marinas. Dice Barco: “No solamente en el mar y sus playas, sino también muy lejos de ellas y en medio de la península, y en tierras muy altas respecto del mar se hallan muchas conchas marinas. Cerca de la misión de San Luis Gonzaga hay un cerro formado de pura concha;

²⁰ *Ibidem*, p. 259.

²¹ *Idem*.

²² *Idem*.

²³ Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, trad. de Edmundo O’ Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Sección de Obras de Filosofía), p. 82.

²⁴ *Ibidem*, p. 84.

²⁵ *Ibidem*, p. 85.

cosa que ha dado materia de discurrir a algunos sobre cómo pudo juntarse ahí tanta multitud de conchas.”²⁶

Luego, utilizando el método escolástico que explicó León-Portilla y al que Barco recurre para discutir éste y otros asuntos, expone qué dicen estos “diversos pareceres”.

Si alguno quisiere decir que acaso los indios antiguamente traían de una a otra costa las conchas cerradas, para abrirlas en aquel paraje y comer allí el pez que contienen, arrojando la concha ya despojada en aquel determinado lugar, haciendo montón: y que, con el tiempo sucesivo de siglos, el montón creció tanto que llegó a ser cerro; si alguno, digo, quisiera decir esto, lo diría con facilidad más con una total improbabilidad, porque es del todo inverosímil que los indios, en ningún tiempo, quisiesen tomar el gran trabajo de cargar tanto peso inútil por espacio de dos leguas que hay, con poca diferencia, así de la playa oriental, como de la occidental, hasta el sitio de las mencionadas conchas, siendo ellos tan enemigos de todo trabajo.²⁷

Barco descarta esta explicación pues le parece absurdo suponer que, si acaso los indios se hubieran tomado el trabajo de transportar las conchas y su contenido una vez, hubieran repetido la misma acción a lo largo de los siglos, que según cálculo del jesuita, eran necesarios para acumular tal cantidad de conchas. Descartada la opción de la nada probable participación india, Barco dice: “Otros se inclinan a creer que tanta concha se juntó ahí en tiempos del diluvio universal. Otros discurren, y con más probabilidad, que la California, o toda o gran parte estuvo antiguamente sumergida en el mar.”²⁸

Es necesario detenernos pues, como se ve el asunto del diluvio ocupa sólo dos líneas, llama la atención precisamente porque se trata de un religioso y no de un científico moderno que descartaría con comodidad cualquier explicación cuya fuente fuera un escrito sagrado.

Miguel del Barco no fue el primer ser humano que observó la presencia de vestigios de origen marino en lugares alejados de las costas o incrustados en rocas,²⁹ observaciones semejantes a las

²⁶ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 145.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Ibidem.*, p. 146.

²⁹ Los detalles de las ideas, que el pensamiento occidental se ha hecho a lo largo de los siglos sobre la Tierra y su particular historia, o lo que llamaríamos la historia de la geología son analizados en la obra de David R. Oldroyd, *Thinking about the Earth. A History of Ideas in Geology*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1996, 410 p.

suyas quedaron registradas desde la antigüedad clásica.³⁰ Así, por ejemplo, Eratóstenes explicó la presencia de conchas tierra adentro con la tesis de que, en algún momento, el mar había sido una especie de gigantesco lago interior cuyas aguas sobrepasaban el nivel que tenían en el momento en que él escribe. Del mismo modo, Estrabón señaló que esa presencia se debía a cambios más o menos vertiginosos en el nivel de las aguas marítimas.³¹

Algunos griegos encontraron la razón de ser de estos hallazgos, en los cambios del nivel del agua de los mares debido a la presencia de cavernas en el interior de la tierra por las que transitaba aire que, al moverse provocaba cambios en la superficie de la tierra; algunos más se refirieron al enfrentamiento entre Zeus y Cronos para explicar la violencia de las erupciones volcánicas. Del mismo modo, los cristianos recurrieron a su propio cataclismo para explicar lo que a simple vista parecía inexplicable.³² Los pensadores cristianos observaron y explicaron la presencia de conchas marinas y de restos fósiles de animales acuáticos incrustados en rocas bastante alejadas de las costas.

Acudiendo a la única fuente de verdad, la Sagrada Escritura, encontraron en la historia del diluvio la explicación a la presencia de las conchas. Si alguna vez toda la tierra había estado sumergida en el mar, resultaba bastante obvio que, al retirarse las aguas y al emerger de nuevo la tierra, algunos bichos hubieran quedado atrás, de manera que sus restos eran observables incluso en lugares que se antojan tan imposibles como las montañas elevadas. Lo mismo se aplica a los fósiles, incluso cuando éstos presentan rasgos que difieren mucho de las especies que se conocen, en este caso la explicación tampoco se aleja de la escritura, sino que remite a la inmensidad de la creación y al hecho de que de ninguna manera se piensa que todos los seres que la conforman sean conocidos. Otra manera de solucionar el problema consiste precisamente en negar el origen animal de los restos que se observan. Oldroy dedica una buena parte del capítulo II de su obra a explicar lo que el mismo denomina “teorías físico-teológicas” de la Tierra. Aquí da cuenta de los esfuerzos de varios eclesiásticos por acoplar el contenido del libro del Génesis

³⁰ Oldroy, en la obra citada, analiza la manera en que las observaciones de la presencia de las conchas marinas y de restos fósiles se articulan con las explicaciones sobre la morfología de la Tierra y con las diversas teorías acerca de ésta y las ideas en torno a la historia de la tierra, que no son consideradas propiamente geología puesto que la palabra, según este mismo autor queda reservada para la ciencia moderna que lleva tal nombre, *Ibidem*, p. 7-85.

³¹ *Ibidem*, p. 22.

³² *Ibidem*, p. 7-41.

con las características físicas que se observan en la superficie del globo. Estos esfuerzos los llevaron incluso a fijar una fecha para la creación y otra para el diluvio.³³

Sea como fuere, Barco se aleja significativamente de las explicaciones “físico-teológicas” y prefiere ocuparse del asunto en forma más extensa. Se extiende en los detalles de la polémica respecto a si California estuvo alguna vez sumergida en el mar; idea con la cual, está de acuerdo, pero que, como vimos, no explica apelando a la idea del diluvio.

La presencia de las conchas tierra adentro se explica pues por el hecho de que la península estuvo alguna vez sumergida en agua. El problema se transforma en uno de índole mecánica. El asunto es averiguar de qué manera esta porción de tierra en particular pudo haber salido a flote.

Barco discute el asunto desde dos puntos de vista, el primero defiende la idea de que estando California sumergida en el mar, éste se retiró “hacia el mediodía” dejando la tierra tal y como está a la altura que tiene. La segunda opción es la de que haya sido la tierra y no el mar; la que se movió; en palabras de Barco: “habiendo permanecido aquel mar como ahora se ve, sin más notable variación, la tierra se fue levantando poco a poco. Salió sobre el agua y creció tanto que llegó a la altura que ahora tiene: como se sabe que otras tierras han crecido, levantándose del mar”.³⁴

Barco se inclina por la segunda posibilidad y prefiere ahondar. Apela a la existencia de diversas islas alrededor de California, de las cuales dice que pueden ser otros tantos cerros de tierra sumergida.³⁵ No conforme va más adelante, dice que la “opinión de haber estado la California sumergida en el mar se prueba con mayor fuerza con lo que se halla en varias partes de la península”.³⁶ Se refiere a la existencia de materiales petrificados de origen marino y opina que las piedras de las que habla “todas se formaron y cuajaron en el mar. Lo primero porque así lo convencen las conchas embebidas en las piedras, y que en su formación quedaron aprisionadas en ellas aquellas conchas en que la casualidad o el mar echó sobre la materia que comenzaba a petrificarse”.³⁷

³³ *Ibidem*, p. 43-58.

³⁴ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 146.

³⁵ *Idem*.

³⁶ *Ibidem*, p. 147.

³⁷ *Ibidem*, p. 148.

Posteriormente habla de los hoyos que estas piedras presentan, formados, según él, por la presencia de peces o alguna otra cosa que con el tiempo desapareció.

La argumentación continúa por algunas páginas más, pero considero que con lo resumido es suficiente para determinar si en esta exposición encontramos elementos que identifiquen a nuestro autor con el pensamiento ilustrado.

La respuesta es afirmativa. En efecto, existe una interpretación de la historia natural que se antoja bastante novedosa en la medida en que Barco no se conforma con la explicación del diluvio universal y busca más allá de éste las posibles razones de la existencia de las conchas que llaman su atención.

Lo primero que debemos mencionar al respecto, es el abandono de la explicación “físico-teológica” por una más moderna, de índole mecánica: el movimiento de la tierra y del agua. Se debe mencionar que, como lo señala Oldroy, la revolución científica moderna está íntimamente relacionada con el desarrollo de la medición y del estudio del movimiento.³⁸ Quizá, y no tenemos manera de demostrarlo pues el jesuita no menciona a ningún autor, él mismo sea parte de los pensadores modernos que emprenden el estudio del mundo como el de una maquinaria que se mueve siempre de la misma forma como si se tratara de un reloj.

Como se mencionó, otra de las características del pensamiento ilustrado —y añadiríamos de la ciencia moderna—, es la apelación constante a la experiencia como la forma más convincente de demostrar algo. En este caso el conocimiento se da en función a los sentidos; el jesuita observa y de la observación, ya sea de las conchas, de las rocas o de las islas que circundan la península, saca sus conclusiones. Así pues, Barco se atiene a los hechos.

Con lo dicho hasta aquí baste para identificar la historia de Miguel del Barco con la Ilustración; el constante uso de los sentidos y de la observación y, sobre todo, el no conformarse con explicaciones de índole metafísica a los fenómenos constituyen un argumento suficiente. Si bien lo anterior es verdad, Barco no comparte en lo absoluto muchos de los aspectos enumerados arriba como propios de los pensadores ilustrados, en especial, claro está, la actitud marcadamente antirreligiosa de muchos de ellos.

Decir que la obra de Miguel del Barco comparte las características propias de la historiografía ilustrada me parece una afirma-

³⁸ Oldroy, *op. cit.*, p. 43-57.

ción verificable pero hasta cierto punto impersonal. Creo que es posible aventurar una explicación que ponga más énfasis en el hombre que la escribió.

Si la historia es un duelo

Barco tiene en sus manos la historia del padre Venegas, la lee y se da cuenta de que tiene lagunas, de que es imperfecta, le faltan cosas, no explica otras, hay temas que no toca. Se da a sí mismo la tarea de completar esa historia. Entonces empieza a recordar y, supongo yo, el recuerdo le duele; quizá porque, al principio no entiende la razón de la desavenencia de los jesuitas con la Corona. Las cosas no parecían marchar tan mal. Los jesuitas misionaban con el apoyo del rey, quien prestaba a sus soldados para mayor protección de los padres.³⁹ En compensación, éstos habían reducido a su servicio a todos los habitantes del territorio californiano; sometiendo, en poco más de setenta años: “a toda la gente contenida entre el veintidós grados y medio de latitud, en que está el Cabo de San Lucas, y el treinta y uno en que se fijó la misión de Santa María, espacio que ocupa más de trescientas leguas de camino, por la mayor parte áspero y molesto.”⁴⁰

Ciertamente, se habían presentado algunas dificultades; tantas que los propios padres plantearon a la Corona su salida de la península. Pero, una cosa es una advertencia y otra ya no pisar más el suelo californiano.

Parto de la idea de que a Barco le duele haber salido de su misión, y de que ese dolor se manifiesta no sólo en el hecho de haber escrito, sino en el producto mismo del ejercicio de memoria; o sea, en las adiciones que le hizo a la obra de Venegas y que por sí mismas pueden considerarse como otra obra. En resumen, creo que es posible hablar del texto de Barco como la construcción de un duelo.

Dice Freud en su texto *Duelo y melancolía* que éste es “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”⁴¹ Suponemos, de entrada, que el hecho de no estar en California le

³⁹ Diversos pasajes de la obra de Barco pueden servir de ejemplo, especialmente aquellos relacionados con la rebelión de los pericúes.

⁴⁰ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 364.

⁴¹ Sigmund Freud, “Duelo y melancolía”, trad. de José L. Etcheverry, en *Obras completas*, 25 v., Buenos Aires, Amorrortu, 1979, v. XIV, p. 241.

duele al jesuita. Esta reacción, retomando a Freud, no se da en un solo momento, sino en forma paulatina, se trata del proceso mediante el cual el individuo asume su pérdida. Freud lo describe del siguiente modo: “El examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto.”⁴²

Por libido Freud entiende “cierta capacidad de amar que todos tenemos”;⁴³ esta capacidad se dirige hacia los objetos o las personas, estableciendo lazos de amor con ellos. Cuando el objeto amado desaparece, dice Freud, la libido queda libre de ese enlace, pero sigue aferrada al mismo. El duelo es pues, el proceso mediante el cual la libido se libera por completo del objeto perdido y lo cambia por otro: “Sólo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo.”⁴⁴

Vayamos a Barco. Lo primero es demostrar, considerando diversos pasajes de la obra, que en efecto, el jesuita sentía un amor profundo hacia California, su misión y su trabajo entre los indios.

Si aceptamos la idea de que se considera propio lo que se ama, tenemos que, en varias ocasiones, Barco se refiere a California y a los californios utilizando los posesivos “nuestra California” o “nuestros californios”. Por ejemplo, cuando habla de cómo tuestan ciertas semillas los nativos, dice:

Por más cuidado que pongan no puede excusarse, con este modo de tostar, que algunas partículas de carbón queden pegadas a la semilla, como lo experimentan los que no están hechos a esta comida; que si la prueban, sienten luego el ruido que hace el carbón entre los dientes; más nuestros californios, que no son tan delicados, la comen con gusto sin reparar en estas menudencias.⁴⁵

El coraje puede ser otra muestra de dolor cuando algo le ocurre a aquello que amamos. Barco muestra la rabia que siente contra aquellos que calumniaron a los jesuitas. Así, cuando habla del vino californiano, recuerda el contenido de las *Averiguaciones Filosóficas sobre la América* de Cornelius Paw y concluye: “con esto queda dicho que el vino que allí había era realmente poca cantidad, pero a los enemigos de los jesuitas les importa el levantar de punto

⁴² *Ibidem*, p. 242.

⁴³ Sigmund Freud, “Transitoriedad”, en *Ibidem*, p. 310.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 311.

⁴⁵ Miguel del Barco, *op.cit.*, p. 204.

las cosas, y, de cuatro hormigas, hacer cuatrocientos elefantes, para tener algo que decir”.⁴⁶

Además de lo anterior existen las palabras del propio Barco al final de la obra cuando describe la forma en que se ejecutó, en California, la orden de Carlos III de sacar a los jesuitas de sus dominios:

Y por otra parte, en cuanto a sus personas, se alegraban de que, sin pretensión suya, y haciendo la voluntad de Dios, se veían libres del cargo de almas; de los cuidados y trabajos anexos al ministerio, y de la soledad que se padece en aquellas misiones. Lo vivo del dolor, que sintieron todos, fue el saber que su religión estaba ya desterrada de todos los dominios de España por no poderse, antes de ahora, persuadir, que en esta monarquía entrase la persecución contra ella, padecida antes en Portugal y Francia. Esto no obstante, adoraron la Providencia Divina, rindiéndose a sus altas disposiciones como debían, y a las de su Rey y Señor.⁴⁷

Puede alegarse en contra de la idea del dolor, el que Barco se refiera a la salida de los jesuitas como una especie de alivio; pero también puede decirse que es una expresión del orgullo herido que se manifiesta en forma de ironía.

Hasta aquí con el asunto del dolor. Regreso a Freud para continuar con el argumento del duelo. Freud dice que en el proceso de construcción del duelo:

Lo normal es que permanezca el acatamiento de la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido.⁴⁸

El duelo se ejecuta pieza por pieza ¿acaso no es posible pensar que todas las detalladas descripciones de Barco son precisamente las piezas de su propio duelo por California?

Yo creo que sí, de lo contrario no encuentro la necesidad de describir, con todos sus detalles, por muy desagradables que parezcan, cuál es el origen del mal olor que despiden los zorrillos⁴⁹, o si éste

⁴⁶ *Ibidem*, p. 359-360.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 364.

⁴⁸ Freud, “Duelo y melancolía”, p. 243.

⁴⁹ Miguel del Barco, *op.cit.*, p. 13-16.

queda impregnado en las habitaciones; o de qué manera se entretienen los niños reventando peces inflados en la playa.⁵⁰

Están además la cantidad de recuerdos personales que Barco intercala en su narración. Recuerdos que, como tales, se escriben en pasado, acatando el mandato de la realidad que le dice que aquello que recuerda ya no le pertenece. Recuerdos que pueden ser desagradables o divertidos: el dolor que provoca el roce con los pelillos de cierto gusano,⁵¹ o el de la propia misión de San Francisco Javier con sus bueyes que comían sarmientos.⁵² Recuerdos que se transforman en ironía cuando se refiere a la dotación hecha por Mariana Borja con la cual los jesuitas hubieran podido extender su trabajo “si los tiempos lo hubieran permitido”.⁵³

Pero los tiempos ya no eran de los jesuitas y Barco lo sabía. ¿Para qué entonces escribir? Quizá, como dice Freud, para que el duelo se consumiera a sí mismo, para terminar de renunciar a lo que se ha perdido, pero también para regocijarse de que aún se está con vida, para darse cuenta de que los objetos perdidos se pueden sustituir por otros “tanto o más apreciables”.⁵⁴

¿Cuál sería, a partir de entonces, el objeto que merecería el amor de Barco? ¿Acaso sería la esperanza de volver a ver con vida a la Compañía? Quizá la obra de Barco a la vez que un duelo, es un legado de experiencia que, se espera, en algún momento retomen sus futuros compañeros.

Barco escribe su historia para procurar que el pasado se mantenga vivo en el presente, no sólo en el suyo,⁵⁵ sino en el de cualquiera que, en el futuro, lea alguna de las muchas pequeñas historias que encierra la obra. Escribe porque tiene la certeza de que mientras alguien lea su historia, la misión jesuita de California y con ella toda la Compañía y sus integrantes no desaparecerán del todo.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 133.

⁵¹ *Ibidem*, p. 36.

⁵² *Ibidem*, p. 64.

⁵³ *Ibidem*, p. 287.

⁵⁴ Freud, “Transitoriedad”, p. 311.

⁵⁵ Retomo, en esta conclusión, la idea de Michel de Certeau de que el pasado permanece muerto hasta que alguien en el presente se pregunta por él, sacándolo así de la tumba que es el olvido.